

La locura ecocida o el camino que hemos recorrido para hacer de nuestros hijos nuestras víctimas

Ecocide madness or the road we have followed to make our children our victims

Germán Iván Martínez

Escuela Normal de Tenancingo, Secretaría de Educación Pública, México /
german_img@yahoo.com.mx



Tamayo, Luis (2010), *La locura ecocida. Ecosofía psicoanalítica*, México: Fontamara, 165 pp. ISBN: 978-607-7921-00-4

En su *Breve historia de la barbarie de Occidente*, Morin dio cuenta de lo insuficientes que resultan las ideas de *Homo faber*, *Homo economicus*, *Homo ludens* y *Homo sapiens* para referirnos al hombre. Él ha sugerido otra: *Homo demens*, el hombre capaz de demencia y delirio. Lo ha hecho a sabiendas de que el ser humano acompaña su espíritu racional de fuertes dosis de odio y desmesura; pero también para subrayar el hecho de que no existe civilización alguna que, aparejado a su nacimiento, no haya adoptado y/o desencadenado distintas formas de barbarie.

Ha sido una conducta egocéntrica la que ha llevado a la humanidad no sólo a ignorar *lo otro* y a *los otros* sino a atacarlos permanentemente y a destruirlos. La esclavización, las masacres y destrucciones sistemáticas, la invención de la guerra y de los ejércitos, las conquistas y dominaciones de cualquier tipo, la limpieza de sangre, la defensa de la nación o de la patria, la xenofobia, los colonialismos antiguos y modernos, el fanatismo y los fundamentalismos, sean estos últimos religiosos o políticos. Todos son signos de barbarie. Pero a los diversos problemas que enfrenta la humanidad —los países del mundo viven divididos entre quienes tienen acceso a la información y al conocimiento, y los que tan sólo son usuarios o, incluso, ni siquiera a eso pueden aspirar, lo cual hace la brecha entre unos y otros no sólo más ancha, sino cada vez más profunda; la pobreza; el analfabetismo; la discriminación; el desempleo; el incremento de la violencia y la delincuencia organizada, etc.—, se suman otros que nos muestran que las cosas, mundialmente, no andan bien: la paz se halla permanentemente amenazada y la intervención militar es una estrategia política que se utiliza en pos de supuestos desarmes que, como hemos visto, en el fondo han permitido y alentado el saqueo y la devastación. Ésta, hoy lo sabemos, no sólo ha sido económica sino ecológica. La salud del planeta se está deteriorando y, por ende, empeoran las condiciones de nuestra existencia. Nuestra vida no sólo está en juego, se halla verdaderamente en peligro.

La *agresión antropogénica* del hombre para con el medio es una situación que lejos de disminuir se agrava. El calentamiento global, la degradación de la biodiversidad, las crisis que se derivan y se avecinan a partir de la extinción del petróleo —financiera y energética, pero también y quizás más ferozmente sanitaria y alimentaria— traerán consecuencias desastrosas para una sociedad que ha sido incapaz de contener su *locura ecocida*. Estos últimos son sólo algunos planteamientos que podemos encontrar en el texto de Luis Tamayo, titulado precisamente así: *La locura ecocida. Ecosofía psicoanalítica*. En este libro, el autor muestra que lo que ha privado en la historia de la humanidad es una *estulticia* que tiene que ver con una guerra que el ser humano ha trabado

desde tiempos inmemoriales contra la naturaleza. “A partir de ese momento —dice—, y por ese acto, el hombre devino virus de la tierra”.

Desde su perspectiva, el tránsito de homínido a ser humano trajo consigo un desequilibrio del ecosistema, pues al intentar alejar a la muerte de su ser, al descubrir el fuego, diseñar herramientas, domesticar animales, al dar lugar a la agricultura e ir de una economía depredadora a otra productora, acumuladora y consumista, al habituarse a vivir en la ficción del lenguaje, el hombre se olvidó prácticamente del entorno natural y comenzó su labor destructora. A partir de todo ello, dirá Tamayo, los seres humanos nos habituamos a vivir como si todo durara para siempre.

Para nuestro autor, la destrucción de la Tierra (Gea) gracias al carbón y al petróleo, descubiertos éstos desde la era industrial y empleados a partir de entonces en forma ilimitada e irracional, ha generado efectos fatales. Así, fenómenos ligados al calentamiento global (degradación de los suelos —sea por erosión o desertificación—, sequías, trombas, ondas de calor, inundaciones, incendios forestales, etc.) son armas con las que Gea se defiende de esos animales “racionales” que hemos devenido parásitos. Otras consecuencias de esta guerra contra la naturaleza se refieren al envenenamiento de la atmósfera, el agua y los alimentos, la disminución de la fertilidad de los suelos y, en muchos casos, a su franca esterilidad, producida por el uso masivo de fertilizantes y pesticidas altamente letales.

Dentro de las causas de este deterioro ambiental, Luis Tamayo destaca la sobre población y es enfático cuando dice que “la humanidad ya no puede crecer sin control”. Abatir este problema, en el que convergen distintos factores: el modelo desarrollista, las ideas que sugieren que el crecimiento es ilimitado y el progreso nuestro destino, incluso aquellas otras que provienen de la religión y nos invitan a “aceptar los hijos que Dios nos dé”, se vinculan con una ceguera que impide advertir que las hambrunas generalizadas y las luchas intestinas derivadas por la escasez de recursos naturales, pueden estar más cerca de lo que sospechamos.

Otros efectos de este atentado contra la naturaleza que, como dejará ver nuestro autor, es producto de nuestra relación impropia con el mundo —y que no sólo es homicida sino suicida—, se refieren a la aparición de nuevas enfermedades, a la incapacidad de regeneración de los ecosistemas y al envenenamiento total de la Tierra: la desecación de las aguas, la contaminación del aire y el suelo. Este último cambiará considerablemente por el aumento de la temperatura y hará que las zonas semiáridas sean áridas y las que lo son sean superáridas. Esto generará, según Tamayo, nuevas migraciones. Y no se

equivoca. El calentamiento de la Tierra propiciará nuevas riquezas y pobrezas, y nos conducirá a un nuevo tipo de nomadismo: el *ambiental*, el cual nos obligará a movernos a lugares donde la fuerza de la naturaleza no se nos presente tan brutalmente, el que nos hará refugiar en sitios menos hostiles o terribles.

Todo lo que aquí he apenas mencionado, Luis Tamayo lo describe y lo profundiza en su libro; y concluye advirtiendo que la locura ecocida es el resultado de una escisión que experimentó el hombre en relación con el mundo. Un mundo del que no nos hemos sentido parte gracias a un egocentrismo desmedido, a un narcisismo extremo que nos ha obnubilado la mente, extraviándonos y estupidizándonos sistemáticamente. Este rompimiento del hombre con el mundo, esta desavenencia que experimentó cuando se sintió distinto y se creyó superior al resto de la creación, ha traído efectos terribles, como nos muestra el autor con datos y análisis de diversos autores y desde distintas disciplinas.

Ya Lynn White Jr., en un informe dirigido a la *American Association for the Advancement of Science*, en diciembre de 1966, había sugerido que el origen del tratamiento antinatural que el hombre da a la naturaleza se desprende del pasaje bíblico que parece conceder al ser humano dominio pleno sobre toda la creación (Génesis 1: 26-28), lo que originó escándalo más tarde al publicarse su artículo en la revista *Science*. A partir de esto —y como nos lo muestra muy bien Alejandro Herrera¹—, emergió un modelo que nos desasemeja del resto de la creación y nos dota de una supuesta superioridad. Dicho modelo, agrega, ha prevalecido históricamente. Pero no sólo eso, Luis Tamayo nos deja ver que se transmite y se refuerza a través de nuestro sistema político, económico, judicial, educativo, etc. Por eso dirá que necesitamos cambiar de paradigmas e implicarnos políticamente para construir una nueva humanidad, mejor pensante y actuante. Pues eso es justamente lo que estamos perdiendo: *humanidad*.

La locura ecocida, piensa Tamayo, es una locura generalizada. De esto desprendemos necesariamente que todos somos locos, activos o pasivos. Los primeros son los que arremeten contra la naturaleza: las grandes empresas productoras de sustancias tóxicas: herbicidas, pesticidas, unicel, pilas, etc. Pero hay otro tipo de “ecodepredadores”, aquellos constructores de viviendas que arrasan con los bosques o desecan los lagos; aquellos políticos que roban

1 Cf. Alejandro Herrera Ibáñez, “Ética y ecología”, pp. 134-152, en Luis Villoro (coord.) (2000), *Los linderos de la ética*, México: Siglo XXI, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.

las tierras para crear carreteras, construir aeropuertos o autopistas; otros que contaminan los ríos para vendernos agua embotellada. En fin, son los que literalmente devoran los recursos naturales para vendernos plantas, alimentos y energía artificiales. El segundo tipo de locura, la pasiva, tiene que ver con una complicidad silenciosa e inmovilizadora. De ella somos presa la mayoría. A partir de una sed insaciable de consumo y de una ignorancia tal que nos fuerza a perpetuar hábitos insanos, todos hemos contribuido a hacer cada vez más próxima la era del exterminio. Todos somos parte de esta debacle aunque nos duela reconocerlo y nos cueste asumirlo. Y es que esto pasa, dice el también autor del libro *Del síntoma al acto*, porque

la locura ecocida es similar al alcoholismo, es egosintónica y thanática. En tanto egosintónica el que sufre la locura ecocida no se considera enfermo, los que sufren son los de su alrededor, su familia, los miembros de su comunidad y demás afectados por sus conductas ecocidas. En tanto thanática remite a uno de los deseos más profundos e inconfesables del hombre: su propio anhelo de autodestrucción.

Pero el psicoanálisis —nos dice quien es miembro de la Asociación Filosófica de México y de L'école lacanienne de psychanalyse— “permite detener el goce guerrero” y *curarnos* de esa locura que nos está llevando lentamente al asesinato de nuestros propios descendientes, a hacer de nuestros hijos nuestras víctimas. Por eso, si bien su libro no es —hay que decirlo— un manual de optimismo, tampoco nos reduce a la pasividad e indiferencia; al contrario, su texto es, al menos desde mi lectura, producto de un *pesimismo ilustrado*, de una reflexión paciente y detenida sobre lo que considera una constante en toda la historia humana: “La lucha a muerte del hombre contra su medio ambiente” y la posibilidad, vista como horizonte, de frenar esta devastación de la morada humana antes de que el horror y el espanto irrumpan.

Para llevar a cabo esto último, nos advierte que la cura de nuestra locura ecocida si bien es difícil no es imposible. De ahí que basándose en autores como Freud, Heidegger y Lacan, nos invite a pensar *contra* nosotros mismos, *con* los otros y *con* lo otro (el mundo, la naturaleza en su totalidad), en un presente que debe recuperar la importancia de la angustia y la muerte —ésta, siempre como posibilidad y término de nuestras múltiples posibilidades—, para *re-descubrir* nuestra mundanidad y *re-aprender* a construir verdaderas comunidades que eviten que nuestro hábitat se vuelva irremediablemente inhabitable.

En este sentido, en la última parte de esta obra se sugiere recuperar las tecnologías prepetroleras, la agricultura ancestral —así como la biointensiva orgánica y dinámica—, pero también construir un sistema eficiente de resi-

duos sólidos y otro de transporte público colectivo; pugnar por habitaciones bioclimáticas, comprometernos con el ahorro energético y “la vuelta a la vida simple”, optando por las energías llamadas limpias (solar, eólica, maremotriz, geotérmica, hidroeléctrica, etc.). De lo que se trata es, en suma, de reconstruir nuestra unidad con el mundo, lo que implica reconocer, según Tamayo, la cualidad de *Mitsein* del *Dasein*, esto es, lo inconcebible que resulta pensarnos a nosotros sin los demás. Para nuestro autor, “el hombre actual no ha comprendido la tesis heideggeriana de que el hombre es un ‘Ser-en-el-mundo’, indisociable del mismo, consustancial a su entorno”. Asimilar esto sólo será posible si conocemos, educamos, vivimos, *con-vivimos* y gobernamos de otra forma, de una que no haga de la destrucción de la Tierra una consigna.

Germán Iván Martínez Gómez. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México; estudios de Maestría y Doctorado en Enseñanza Superior por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM). Líneas de investigación: filosofía griega y contemporánea, pedagogía, educación y filosofía de la educación latinoamericana. Colaborador, desde 1998 a la fecha, en *La Colmena*, Revista de la UAEM, de 2005 a 2009 en *Magisterio*, Revista de la Dirección General de Educación Normal y Desarrollo Docente de la Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, de 2000 a 2003 y 2009 en *Confluencia Centro-Sur*, Revista de Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación (ANUIES), en 2007 y 2010 en Suplemento *La Jornada Semanal* del diario *La Jornada*, y desde 2010 hasta la fecha en *Valor Universitario*, Revista de la UAEM.